

«Oro del Inca» es un vigoroso libro, escrito en una prosa severa, directa, sin debilidades, con grandes toques de contraste que permiten destacar, sin lirismos, paisajes y almas.—LAUTARO YANKAS



<https://doi.org/10.29393/At244-159VLJU10159>

«EL VIAJE LITERARIO» de *Domingo Melfi*. Editorial Nascimento (1945)

A lo largo y lo ancho de once libros y algunos centenares de notas críticas publicadas en revistas y diarios de la capital y de provincias, la labor literaria de Domingo Melfi permite una somera definición de su actitud primera, de su filosofía ante las manifestaciones de nuestra incipiente cultura.

Hay críticos exhaustivos que se acercan de una vez y para siempre a determinado autor y lo revientan para ellos y los demás en 500 o más páginas. Cumplen su papel, y desde luego, son indispensables. Esta especie de críticos resulta, eso sí, más ambiciosa que el creador quien siempre abriga la esperanza de transmitir un secreto a las generaciones venideras y de gozar de interpretaciones divergentes en el futuro. Melfi, que en el fondo es un relativista, se aproxima a sus autores favoritos cada cierto tiempo, y ante una nueva encrucijada personal, o de la época en que exige una revisión de ciertos valores literarios o políticos, acomoda su visión crítica para dar una nueva luz sobre lo ya tratado. Melfi toma la literatura ya escrita como cosa viva, como algo que «es» y que al mismo tiempo viaja o cambia a través del tiempo. Existió un Lope 1700, existe un Lope 1945, existirá un Lope 2200. ¿Puede alguno suponer lo que serán nuestros criollistas actuales para los chilenos o americanos dentro de un siglo? Melfi conoce la literatura ibero-americana y su «Panorama de las Literaturas Argentina y Uruguayas» (1937) nos hizo conocer a escritores de la talla de un Acevedo Díaz o Zavala Muñiz.

Sus ensayos políticos sobre Portales y Lastarria (1930-1937) fijaron el juicio de toda una generación sobre dos grandes figuras de nuestro siglo XIX que en más de una oportunidad serán llamadas a mensaje, revisión y cuenta.

El título de su última obra, «Viaje Literario», no es puro capricho en Melfi un tipo especial de viajero por los caminos de la literatura y la naturaleza americanas. En 1934 publicó su ensayo más lírico «Pacífico-Atlántico», y en él nos trazó un emocionado paralelo entre dos pueblos, dos literaturas y dos paisajes. «El hombre y la soledad en las tierras Magallánicas» (Notas de viaje 1940), obedece a estas mismas líneas de su estimativa. Sobre literatura chilena, propiamente dicha, Melfi ya nos había dado sus «Estudios de Literatura Chilena» (1938), libro del cual su última obra viene a ser una continuación y también la teoría de su actitud crítica. Los estudios que dedicó a Blest Gana, Daniel Riquelme, Pezoa Véliz, Baldomero Lillo, Federico Gana y Orrego Luco, encuentran su prolongación y su teórica en los que acaba de publicar sobre Rubén Darío, Eleodoro Astorquiza, Pedro Antonio González, Mariano Latorre y Luis Durand.

Como el autor nos dice «La Literatura Chilena carece de estudios humanos a la vez que apasionados de épocas o de ambiente...» (pág. 185). Esto es lo que logra Melfi en sus mejores retratos. Las escasas 50 páginas que dedica a Rubén Darío valen por su emoción y su intensidad evocativa. lo que otros enormes volúmenes consagrados al poeta nicaragüense.

Fiel al sólido e insuperable aparato crítico de Taine, Melfi consigue junto a la visión de la obra, la del hombre que la hizo, su medio y la época.

Su perspectiva, como repetimos, es la de un viajero recordando otros viajeros. En esa actitud sin puntos precisos de llegada o partida, Melfi enfoca a los compañeros del viaje y la creación literaria.

Rubén Darío con «sus pies inverosímiles con los cuales vagó por el mundo una errancia atormentada, sin descanso. sin en-

contrar nunca ese reposo límpido que era tan necesario a su corazón» (pág. 123-124).

«Díaz Garcés fué también un escritor viajero que recorrió gran parte o casi todo el territorio» (pág. 151).

«Todos los escritores llamados criollistas son esencialmente viajeros» (pág. 153-4).

De Orrego Luco: «es el escritor mundano, que ha llevado la vida bohemia del Santiago elegante. Por eso casi todos sus héroes están sacados de la vida aristocrática. Es un viajero no de los campos, sino un viajero del mundo» (pág. 167).

«En esta novela—«Martín Rivas»—Blest Gana realiza el viaje de un observador» (pág. 170).

Más adelante se lamenta del afán con que han imitado los escritores posteriores la creación de Blest Gana:

«Sistemáticamente el escritor evita tratar otros asuntos, sin entender que la realidad no es sólo el viaje de un provinciano a Santiago para conquistar a una mujer, sino además, el viaje con las peripecias propias, el viaje por mundos distintos del que habita o vive una mujer aristocrática» (pág. 171).

«Augusto Thompson ponía su oído alerta al llamado insistente del ancestro que tiraba obstinadamente de sus pies viajeros y le embargaba el alma con los mirajes de regiones desconocidas, pero nítidamente exactas en su perfil» («Estudios de Literatura Chilena», pág. 129).

Las leves y suaves siluetas de Melfi consiguen una aproximación del lector hacia el autor. Buscando términos de enlace, la obra total de Melfi nos hace recordar a Azorín, el Azorín de «Clásicos y Modernos», «Al margen de los Clásicos», «Lecturas Españolas» y «Los Valores Literarios». Igual sensibilidad, brevedad y simpatía hacia el escritor y también semejante actitud ética. Ambos vuelven cada cierto tiempo a releer y a comentar sus autores predilectos.

Entre el autor y el público Melfi toma partido por el primero. Nuestro crítico echa velos sobre el aspecto demoníaco

y anormal de todo artista. En más de una ocasión el que lee queda un tanto defraudado.

«Se contaban anécdotas de su existencia—nos dice—de Pedro Antonio González, y estas anécdotas, en lugar de empañar la figura del poeta, la enaltecían» (pág. 34).

Esto está muy bien pero nos quedamos sin conocer las anécdotas.

Ambos críticos, el español y el chileno, tienen especial predilección por los escritores injustamente silenciados. Es el caso de Azorín con respecto a Silverio Lanza, Francisco Caberrús, precursor de Joaquín Costa; y aquel extraordinario Don José Mor de Fuentes. Melfi ha sacado del olvido entre otros a Oscar Sepúlveda, Alberto Blest Bascañán y René Brikles, autor de «Los últimos proyectos de Eduardo Castro» una novela sobre la guerra civil de 1891, y que al decir de Mariano Latorre, aun vive y se le ve pasear por una calle olvidada que desemboca en San Diego.

Domingo Melfi, en el desempeño de su labor en la Biblioteca Nacional sigue revisando con amorosa paciencia revistas antiguas y diarios desaparecidos. Podemos esperar entonces que en esa su forma leve pero firme, siga reconstruyendo la desconocida historia de la Literatura Chilena.—JUAN URIBE ECHEVARRÍA.



JORNADAS EN LA SOMBRA, novela por *Martin Flavin*. Editora Sudamericana. Buenos Aires.

Sam Braden, el protagonista de esta novela, es lo que puede llamarse uno de esos hombres que saben triunfar en la vida, desde los más oscuros y mínimos rincones a donde el destino les obligó a iniciarse, hasta ocupar una gran situación en el mundo de los negocios y de la industria. Y sin embargo Sam, no obstante ser un triunfador, es también un hombre derrotado